

Efectividad = E(Productividad(e), Adaptividad(e), Flexibilidad(e)) donde "e" denota la eficiencia.

Para concluir debe aclararse que en el desarrollo de esta obra se hace evidente la nueva corriente de investigación en ciencias sociales respecto a la organización, tan manifiesta en los países avanzados de Occidente, en particular en los Estados Unidos. Ello es, el abandono total de la escuela de relaciones humanas y su sustitución por esquemas psicosociales en donde, si bien existen analogías sintácticas, la semántica se ve provista de una metodología de tipo neopositivista experimental, acertada para el contexto capitalista avanzado en que se aplica.

Lian Karp

SÁNCHEZ AZCONA, Jorge. *Introducción a la sociología de Max Weber*, México, Ed. Porrúa, 1973, (3ª edición).

El libro de Jorge Sánchez Azcona que a continuación comentamos es, sin lugar a duda, una importante contribución para abordar el estudio del clásico de la sociología, por desgracia tan escasamente leído en nuestro medio universitario. Creemos que la obra puede ser de suma utilidad no solamente para aquellos estudiantes a quienes está destinado (alumnos de Derecho o de otras facultades para quienes el estudio de la sociología tiene un carácter complementario), sino también, y quizá en mayor medida, para los estudiantes de los primeros semestres de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, para quienes el estudio de Max Weber es absolutamente indispensable, tanto por su carácter metodológico como científico. Como su título lo indica, es una bien lograda *Introducción a la sociología de Max Weber*.

Sánchez Azcona nos presenta, en primer término, una biografía sucinta de Weber, para abordar enseguida la metodología empleada por el autor a lo largo de sus obras. La definición weberiana de la sociología como "una ciencia que se propone entender el obrar social interpretando su sentido, para mediante ello explicar causalmente su desarrollo y sus efectos" (p. 29) sigue teniendo una validez irrefutable y de suma actualidad, sobre todo, frente a cierta sociología empírica norteamericana. Sánchez Azcona desmenuza los conceptos weberianos acerca de las ciencias naturales y culturales, sus delimitaciones y procedimientos, para enmarcar la sociología en su lugar adecuado como ciencia comprensiva del fenómeno social.

El autor nos explica claramente las ideas weberianas sobre la objetividad de la ciencia, sus métodos, supuestos y procedimientos, sin ocultar sus limitaciones y su determinación por la escala de valores del científico, que imprime así a la obra su propia *Weltanschauung*. Ello no resta objetividad a la ciencia, ya que de suyo ésta consiste en una interpretación de la realidad como anteriormente nos había apuntado el autor —apoyándose en abundantes citas de Rickert, maestro de Weber en la metodología de la ciencia—, sino que por lo contrario le proporciona su carácter humanístico. En este sentido, Wright Mills

presenta en *La imaginación sociológica* una apología de la sociología weberiana, en contraposición a la sociología empírica.

Sánchez Azcona nos dice que Weber siempre se opuso a que se considerara a la psicología como ciencia cultural, y que le negaba toda importancia fundamental en el campo sociológico. Sin poner en duda tal afirmación, creemos sin embargo que el desarrollo de las ciencias sociales ha proporcionado nuevas aportaciones con las que el autor habría podido enriquecer el comentario, concretamente la psicología social, los escritos de Wilhelm Reich, Fromm, Adorno y Horkheimer ("la personalidad autoritaria") cuyos estudios no abordan ya al individuo particular como era el objeto de la psicología en tiempo de Weber (Reich rompe con esta línea, pero entonces no es tomado en cuenta), sino que establecen importantes relaciones, interdependencias, predisposiciones y efectos entre la sociedad y el individuo, que sin obrar como causas determinantes en última instancia, sí nos ayudan considerablemente para comprender el obrar social, interpretar su sentido y explicarlo como se lo propone Weber. Con todo en la página 16 el autor deja asentado que la aportación de Freud seguramente habría ampliado el campo de la sociología comprensiva. Aunque en la página 230 nos apunta que Weber aceptaba la influencia de ciertas condiciones psicopáticas en el actuar de una persona, en lo que caben los actos inconscientes e irracionales de trascendencia social, sin embargo Weber no llegó a desarrollar estos supuestos ni a incluir dentro de su sistema los factores irracionales del actuar social que influyen en la ideología y práctica de determinados sectores sociales, por lo que no creemos, como pretende el autor, que quede zanjada la crítica que se le ha hecho a Weber al respecto.

En el primer capítulo, titulado "Conceptos sociológicos fundamentales", Sánchez Azcona nos expone con gran claridad y amplitud de detalles los conceptos weberianos de acción social, su sentido y métodos de interpretación, así como las íntimas relaciones entre sociología e historia. Aquí aborda la fundamental aportación weberiana de los "tipos ideales", aportación de suma importancia no sólo para la sociología en particular, sino para la metodología de las ciencias sociales en general.

"El tipo ideal" —nos dice el autor de la introducción a Weber— permite captar a través de una conceptualización científica un hecho particular, único, una singularidad histórica. Por medio de una racionalización ideal, acentuando caracteres originales de una realidad histórica, la llegamos a conceptualizar en su originalidad, dado que no es posible elaborar una ley general (página 68).

Y ciertamente este procedimiento nos permite acercarnos a la realidad, un tanto heterogénea y confusa, para ordenarla y racionalizarla. Es una "racionalización utópica" (página 69) que nos permite situar una realidad específica dentro del marco racional de los tipos ideales.

Acertadamente nos apunta el autor que Schumpeter utiliza posteriormente la teoría de los tipos ideales para establecer la noción de modelo. Nosotros iríamos más lejos aún: todas las nociones actuales de modelo (analógico, prototípico, formal etcétera), fuera del isomórfico (Kaplan), participen o pueden ser fácilmente reductibles a los tipos ideales weberianos, ya que han sido contruidos con el propósito

de representar o seleccionar un conjunto de caracteres o propiedades de fenómenos empíricos concretos, aplicables a casos diferentes. La diferencia con el modelo isomórfico se da en el hecho de que éste intenta cubrir todo un proceso, mientras que la tipología weberiana define efectivamente los polos extremos; pero sin cubrir situaciones intermedias cuyas características no quedan suficientemente explícitas o definidas (pongamos por caso los tipos de dominación intermedios entre la dominación tradicional y carismática, o entre esta última y la racional). Sin embargo insistimos en la validez actual de la tipología weberiana, cuyos polos no se dan “puros” en la realidad como ya lo afirma Weber y recalca el autor, pero cuya influencia en la sociología moderna no puede ser pasada por alto, y cuya aproximación analógica a la realidad constituye una preciosa ayuda para el investigador social y para el historiador. Al final del capítulo el autor nos explica los tipos ideales del obrar social (conducta racional con arreglo a fines o a valores, conducta emocional y tradicional) que son comentadas por separado y que traducen fielmente al pensamiento weberiano.

La tercera parte del libro la dedica el autor a la sociología jurídica. Es una de las partes más detalladas de la obra, donde son puestos de relieve conceptos, distinciones, evolución y racionalización del derecho —todo ello vinculado a los conceptos sociológicos weberianos— su aplicación en la administración pública, etcétera. El autor hace gala de su sólida formación jurídica y opinamos que esta parte del libro no concierne solamente a los estudiosos de la rama de leyes, sino también a los de las ciencias políticas y sociales, quienes frecuentemente pasan por alto la legislación jurídica en el estudio de determinada sociedad o conflicto. Y decimos que no deja de ser importante, porque es precisamente en la legislación oficial donde vienen a reflejarse la ideología e intereses de las clases dominantes, los compromisos y alianzas sociales, no por último los elementos institucionalizados de dominación.

En la parte dedicada a la sociología política, el autor hace referencia a los conceptos weberianos sobre la práctica política y su diferencia con la política como ciencia. Aquí viene a detallar los tipos de dominación (carismática, tradicional y legal), esta vez explicitando su contenido, señalando su desarrollo histórico, subrayando sus elementos constituyentes y comentando las definiciones dadas por Weber; o sea la dominación legítima —reconocida y aceptada por los súbditos— en sus distintas variantes: dominación carismática. “El líder carismático es *reconocido* a través de la revelación de la reverencia, de la confianza de sus sometidos. Este reconocimiento es corroborado por sus cualidades extraordinarias” (página 180); dominación tradicional. “La aceptación del eterno ayer, el actuar de acuerdo a costumbres profundamente arraigadas dentro de la comunidad... el titular del poder no es un elegido, sino un señor personal” (página 182).

Aquí nos proporciona los variantes de este tipo ideal (gerontocracia, patriarcalismo) y su evolución histórica (patrimonialismo, feudalismo). Dominación legal: “destaca la regulación jurídica formal, tanto en la aplicación de la justicia como en la administración. Las personas que gobiernan son funcionarios... se les obedece porque representan la

ley... sólo por su puesto tienen el poder” (página 187). Finalmente desemboca en el fenómeno de la burocracia y en las características del Estado moderno. Quedan bien definidos los constitutivos, bases, medios racionalidad y fines de la administración burocrática según el análisis proporcionado por Weber. Pero quizá se pasa por alto que Max Weber estudia la burocracia alemana, de la cual hace una apología institucional-legal sin ir más allá en sus implicaciones sociales. Es cierto que se apuntan los defectos y deficiencias de la burocracia, pero Weber nos da en definitiva un juicio positivo de la misma, como elemento racional indispensable del sistema capitalista. Pero una simple comparación entre el aparato administrativo presentado por Weber y la burocracia político-administrativa existente en los Estados Unidos o en nuestro país, nos revela divergencias de fondo que sobrepasan el modelo prusiano presentado por Weber. No deja de tener nuestra burocracia la función esencial de continuidad administrativa que subraya Weber, pero no es menos importante el problema humano —ampliamente señalado por Parkinson—, el problema del poder político ligado al puesto (*spoils*), la corrupción fomentada por las clases dominantes y las derivaciones sociales que ya en cierta medida nos apunta el autor.

No creemos que el aparato administrativo pueda sustraerse del contexto de la lucha de clases, sino que sufre directamente las presiones de las clases o fracciones de clase dentro del bloque en el poder. Cabría también definir la procedencia de clase de la burocracia, sus características como categoría social etcétera, que sin duda habrían redondeado el comentario de Sánchez Azcona. Finalmente, el Estado moderno sufre también modificaciones institucionales que presentan variantes del modelo estático weberiano, vinculadas a las presiones y luchas de clases: limitación de la autoridad, área que escapan al control oficial, etcétera. Pero en otra parte nos apunta acertadamente, Sánchez Azcona, que Weber no pretendió nunca ser un dogmático, por lo que sus aportaciones son plenamente válidas para su tiempo y ulteriormente complementables.

En la quinta parte titulada “Sociología económica”, el autor aborda, en primer lugar, los conceptos económicos fundamentales de Max Weber, presentando una selección de los mismos. Luego expone los caracteres de la economía racional, o sea el sistema económico capitalista, sistema que Weber considera la característica principal de la civilización occidental, según nos dice el autor. En estas páginas expone en rasgos generales el contenido de las obras *Economía y sociedad* e *Historia económica general*, para luego abordar el libro más difundido de Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Atinadamente el autor rechaza lo que pretende Parsons (aunque el texto se presenta algo confuso) o sea que esta obra constituye una crítica al marxismo “por su sentido monista económico y porque Marx considera que en el sistema económico capitalista predominan las relaciones irracionales entre las fuerzas y las relaciones de producción” (página 204). Más bien creemos, redondeando el comentario de Sánchez Azcona, que se trata de dos sistemas distintos para explicar la realidad. No es de extrañar que Parsons interprete la obra de Weber como un ataque contra el materialismo histórico de Marx, cosa que Weber mismo niega

al decir que "no fue su intención sustituir un monismo materialista por uno espiritualista" (*ibid*). Por lo contrario, en esta misma frase queda de relieve el procedimiento empleado por cada autor: mientras que el primero (Marx) parte de la realidad histórica de las relaciones económicas sociales de la sociedad, para derivar de ellas la expresión ideológica, Weber parte de la ideología para mostrarnos su incidencia en tales relaciones. La interacción de ambos niveles es difícil de precisar, ya que dentro del Marxismo-Leninismo existen también autores que parecen concederle primacía al cambio ideológico (Mao Tse-tung afirma que todo cambio, tanto revolucionario como contrarrevolucionario es precedido por una transformación ideológica), o que pretenden una determinación "en última instancia" (Althusser). Por nuestra parte creemos, apegándonos a una fórmula intermedia, que la ideología viene a sancionar estructuras económico sociales ya existentes o en gestación (derecho romano, calvinismo), mientras que su propagación es condición indispensable para el cambio social (concientización y politización revolucionarias).

Respecto al elemento de racionalidad capitalista que impera en la obra de Weber, ciertamente ni Weber ni el autor del libro que comentamos toman posición ideológica alguna, pero quizá se habría redondeado el comentario poniendo de relieve que, si bien es cierto que en el capitalismo, donde existe la apropiación particular de los bienes materiales de producción, se da una gran libertad de mercado, una técnica racional, una legislación jurídica racional-formal, libertad de contratación y comercialización de la economía etcétera, también es cierto que no existe una economía planificada globalmente, sino que ésta es la resultante *irracional* del conjunto de intereses en juego; que tal sistema involucra la inflación constante y continua como elemento perturbador e irreductible: que tal sistema está fincado en la explotación del hombre por el hombre, que favorece la concentración de la riqueza en pocas manos y que, finalmente, su ideología es terriblemente egoísta y elitista. Una comparación exhaustiva entre los sistemas socialista y capitalista es proporcionada por Raymond Aron en su obra *18 lecciones sobre la sociedad industrial*, donde destaca los elementos positivos y negativos de ambas sociedades. Pero para ceñirnos a nuestro comentario, creemos que el problema de la racionalidad *global* estriba en última instancia en un juicio de valor: para qué producir, a quién debe favorecer la producción industrial, a qué valores debe de estar supeditado el sistema. En palabras de Marcuse, encontramos que la sociedad capitalista es "racional en lo particular e irracional en su totalidad", o sea que mientras empresas y consorcios están racionalizados al máximo, aprovechando, explotando y contabilizando todos sus recursos, su producción está frecuentemente destinada a la destrucción (material de guerra) o a la autodestrucción (bienes de consumo de escasa duración), sin que por ello dejen de beneficiarse las empresas. Tendríamos entonces una alternativa sujeta a juicio de valor entre el beneficio restringido a sectores privilegiados, por una parte, el provecho por la comunidad en su totalidad mediante la racionalización global de la economía, por la otra. No por último hay que advertir que el sistema económico socialista se halla también

altamente racionalizado, y en algunos renglones supera incluso al occidental.

Para concluir, el autor nos expone en palabras de Weber la causalidad tendencial de la reforma protestante en el capitalismo, sistema en el que en la actualidad "la raíz religiosa del hombre económico moderno ha muerto", donde otra vez se destaca la incidencia de la ideología en el devenir social y que a nuestro parecer constituye la variable principal del "espíritu del capitalismo". Esta obra de Weber merecía por sí sola un comentario más amplio, que obviamente no puede exigirse de una introducción general a Weber. Pero sus elementos constitutivos han quedado salpicados aquí y allá a lo largo del libro, para luego abordarlos más detenidamente en los renglones que ya hemos apuntado. La ética protestante queda definida por Weber como la variable determinante del capitalismo naciente: el espíritu de lucro, la creencia en la predestinación, la acumulación de capital, la austeridad y el espíritu puritano, vienen a determinar un nuevo modo de producción que transformó sustancialmente la historia de la humanidad y que subsiste hasta nuestros días.

En la última parte el autor hace un enfoque crítico de la obra de Max Weber, al cual califica, no sin razón, como el más eminente sociólogo de todos los tiempos. Destaca las críticas que se han hecho a su obra, particularmente por Leo Strauss, las que rebate acertadamente. La polémica en torno a Weber concierne, sobre todo, a las diferencias entre la sociología empiricista norteamericana y la sociología humanística tradicional; polémica en la que esta última ha sido nuevamente justificada y revalorizada y a lo cual contribuye en justa medida el libro de Sánchez Azcona.

Al final de la obra el autor nos ofrece los comentarios de distintos autores sobre Weber (Parsons, Leo Strauss) y establece una comparación entre Max Weber y Karl Marx, comparación que no aparecía en las anteriores ediciones y que preferíamos no juzgar por la complejidad del problema. No haciendo sino un comentario general a ello, creemos que en ningún momento Weber pretende enfrentarse a Marx —él mismo lo afirmó en alguna ocasión, como nos lo apunta el autor—, sino que, como ya hemos dicho, estamos frente a dos sistemas distintos que parten de diferentes valores, y que siguiendo su propio procedimiento lógico llegan a conclusiones no contradictorias —podríamos decir distintas— y quizá hasta complementarias. El campo ideológico que Marx no dejó sino esbozado, es admirablemente cubierto por Weber. Las luchas de clases que Weber soslaya a lo largo de su obra, son insuperablemente elaboradas por Marx. Más que de obras contrapuestas, podría tratarse de obras complementariamente útiles para el estudio del devenir social. Quizá las diferencias aparentemente contradictorias apuntadas en el libro sean más de tipo nominal que real.

El libro de Sánchez Azcona, concluimos, es una loable aportación para el conocimiento y divulgación de la obra de Max Weber, autor indispensable para todo estudioso de las ciencias sociales. Como ya hemos apuntado, es una lectura conveniente para quienes de alguna manera tienen que abordar la problemática social, introducirse en ella o acercarse concretamente al estudio de Max Weber. Una abun-

dante bibliografía crítica es proporcionada al final del libro. Al concluir su obra, el autor deja perfilada la dimensión histórica de Weber, con el siguiente párrafo:

Weber ha sido uno de los pocos personajes que ha tenido el valor de mantener fidelidad a una conciencia muy personal y autónoma, que se ha enfrentado a una despiadada lucha contra la mediocridad del ambiente, pagando el alto precio que esto supone, manteniéndose en esta batalla con un estoicismo heroico, y con la humildad de un gran hombre que sabe que está muy adelante de su época y que a pesar de ello su obra va a ser rebasada por esa realidad.

José Luis Hoyo A.

SOTELO, Ignacio, *Sociología de América Latina*. (Estructuras y problemas), Madrid, Editorial Tecnos, Colección de Ciencias Sociales, Serie de Sociología, 1972.

La bibliografía sobre América Latina se incrementa constantemente, por lo cual resulta difícil en la actualidad distinguir las aportaciones originales de los trabajos redundantes con aportaciones personales mínimas. El libro que ocupa esta reseña tiende a ser una excepción, en la medida en que plantea un enfoque integrativo de las más distinguidas aportaciones, tanto de la sociología como de otras especialidades. El autor dividió su obra en tres partes básicas: sociología e historia, estructuras básicas y portadores de cambio. Completando la idea de la composición de la obra, se enuncian los títulos de los nueve capítulos que la componen: I. La recepción de la sociología en América Latina; II. Feudalismo o capitalismo; III. Hacia una tipología de la colonización iberoamericana; IV. Estructura y reforma agrarias; V. Urbanización y superurbanización; VI. La industrialización encallada; VII. Marginalidad y dependencia; VIII. Los sectores populares; IX. Los sectores medios.

Como planteamiento previo al análisis de la estructura social en los países latinoamericanos, Sotelo expone sintéticamente el desarrollo del pensamiento sociológico de la zona, resaltando la influencia del pensamiento europeo y norteamericano en la elaboración de "teorías sobre el subdesarrollo, la dependencia, colonialismo interno, sociedad dual, etcétera". Para este autor, la mayoría de las elaboraciones sociológicas versan en torno a dos esquemas fundamentales: el dualista y el monista. El enfrentamiento de estos esquemas ha sido tema de múltiples debates, matizados de posiciones ideológicas, en ocasiones irreductibles. Sus consecuencias para la formación del pensamiento científico, y el planteamiento de investigaciones sistemáticas, es formulado claramente por Sotelo:

La contraposición de estos dos esquemas es sintomática y reveladora de los peligros de la "contraideología". Rechazar el esquema dualista —lo hemos dicho, mostrando la endebles de sus supuestos historicofilosóficos— no tiene por qué implicar la aceptación de un esquema simétricamente inverso. Lo grave es que esta dicotomía eche raíces, como expresión ideológica de una ciencia "revolucionaria", "marxista", "proletaria" o como se quiera llamar. La crítica bien merecida a la "sociología científica" no puede vaciarse de sentido, tirando por la borda categorías y téc-

nicas de investigación social que, desde otros supuestos, pueden dar óptimos resultados. El estudiante latinoamericano, sobre todo desde el escándalo del "Proyecto Camelot", tiende a acusar demasiado precipitadamente de "imperialista", cualquier intento serio de hacer ciencia social.

Ante este riesgo, el investigador español asienta claramente que, si bien una estrategia múltiple puede ser valiosa, no debe ignorar las interrelaciones entre los distintos elementos que genera el subdesarrollo. Los análisis simplistas que conllevan al enfrentamiento de ideologías y contraideologías, subraya, finaliza en una congelación de la práctica, al negarse a desplegar potencialidades reales, impedidos estos análisis de ir más allá de esquemas preconcebidos.

En el último inciso del primer capítulo, al proponer el quehacer de la sociología latinoamericana Sotelo afirma que el especialista, principalmente durante el último lustro, ha incrementado su posición crítica en relación con los métodos y planteamientos surgidos en otros contextos y transportados mecánicamente. Por otra parte advierte que ha aumentado el interés por los problemas propios de las distintas realidades nacionales, esto es, estancamiento económico, aumento de la violencia, tanto revolucionaria como contrarrevolucionaria, incapacidad de operación de las formas políticas demoliberales, consolidación de dictaduras militares, reforzamiento de la represión, crecimiento vertiginoso de la población, etcétera.

Sotelo enfatiza la posición analítica, desprovista de emotividad, que debe guardar el estudioso de las ciencias sociales, como queda claro en el siguiente párrafo:

... Más que nunca se impone el rigor científico, el análisis preciso, la utilización apropiada de las técnicas aprendidas, de los institutos y equipos que han surgido en estos últimos quince años, cuyo nivel es a veces comparable con el de sus equivalentes europeos o norteamericanos. Por vez primera en una ya larga historia, la sociología latinoamericana se halla en condiciones de contribuir decisivamente al conocimiento de su propia realidad social; sin saber a punto fijo, en dónde se encuentra, malamente podrá encaminarse hacia un futuro mejor.

Probablemente uno de los capítulos más consistentes sea el relativo a la industrialización, no solamente por el acopio de datos y la inclusión de información de las más diversas fuentes, sino también por la utilización de un buen análisis del desarrollo industrial de México, el que, según el autor, se encuentra en el final de la fase de la sustitución de importaciones. Se señalan dos características del desarrollo industrial mexicano, que según Sotelo aparecen con mayor claridad que en otros países de la región. En primer término considera la importancia que el sector público ha tenido en el desarrollo industrial y la política de intervención estatal en la economía, tanto a través del Banco de México como por Nacional Financiera. Observa que, si bien en México prevalece una economía mixta, en época reciente ha disminuido su fuerza para aumentar, por otra parte, el poder del capital privado. La segunda característica del desarrollo industrial mexicano ha sido el control, por parte del Estado, de los sindicatos, lo que ha permitido, según Sotelo, estabilizar los salarios a un nivel muy bajo desde la perspectiva internacional, si bien han sido mayores que los salarios e ingresos del campo. La clase obrera mexicana, nacida en su mayor parte en el campo,